

Confinamiento: en media sintonía con nuestro decrecimiento

Era un martes, al mediodía, y nadie lo predijo. Sin apenas resistencia, aceptamos el gran cambio. Una autolimitación colectiva y después individual, o al revés. Esta no es la alternativa que nosotros los decrecientes esperábamos. No está tan claro que las medidas de confinamiento tal y como las sufrimos revelen, en lo alto de la pandemia, el fracaso de las políticas públicas que antes de la pandemia se traducían en una gestión autoritaria y tecno-cientificista. Son las dos caras de la misma biopolítica de crecimiento, gestiona, elitista, indecente e insensible. Sin embargo, hay en el confinamiento como una "suspensión" del decrecimiento que no es desdeñable. Después del confinamiento seguirá habiendo recesión, rebotes y réplicas; pero durante el período de confinamiento, en conjunto, hay una especie de decrecimiento; sí, pero ¿cuál?

Este es un momento histórico, porque súbitamente el imperativo económico de la aceleración y la desproporción queda en suspenso, entre paréntesis. Un paréntesis que se abrió el 17 de marzo de 2020 en Francia. Un paréntesis que tal vez se vuelva a cerrar en mayo o junio, pero que se abre, ahora, en el corazón de la globalización y en todo el mundo. ¡Más de la mitad de la población mundial está confinada! Un paréntesis generalizado a la producción, el consumo, y, por lo tanto, a la extracción, la producción de residuos, la contaminación, los viajes, el ruido, el trabajo e ingresos, pero también a las vacaciones, los museos o los conciertos, los eventos deportivos y los partidos: únicamente un "esencial" que queda por redefinir...

Vivamos en el campo o en la ciudad, se mantiene una calidad de vida, con grados muy desiguales de "resiliencia" (¿jardín o balcón o ventana?) y de sufrimiento que no hay que descartar: decrecimiento medio sufrido medio elegido. En condiciones de vida aún más difíciles para los más vulnerables - especialmente en los casos de violencia familiar - la sobriedad se hace sin embargo más presente, nuestras relaciones sociales, familiares y de amistad son nuestro preciado remedio. Escuchamos hablar de reubicación, circuitos locales, desaceleración, renuncia. Participamos o asistimos a demostraciones de solidaridad, de creatividad, contemplamos el despertar de la primavera. En resumen, se manifiesta una sencilla alegría de existir, y esto gracias a... nuestra organización social común, fruto de un mínimo de vida democrática desde 1945, que aún garantiza lo esencial: una cierta paz social. En efecto, el Presidente Macron ha declarado "Estamos en guerra...". Pero no es una guerra porque no hay enemigo al que derrotar ni humanos que matar, a menos que tergiversemos el significado de las palabras con fines biopolíticos. Por supuesto que hay muertes: puede ser una media guerra pero sin enemigo en el horizonte. Media guerra, y por lo tanto, media paz, de sobra asegurada por el personal de servicio público y asistencia social que limita la pandemia permitiendo el acceso para atender a los enfermos. Los servicios públicos, pero también todos esos trabajos - la "Francia de los de abajo", muchos de los cuales estaban ayer en las rotondas - que hoy se ponen "al tajo": sin un colapso general. Ni siquiera un colapso del Estado, sorprendido sin embargo por su audacia de haber tomado la decisión política de un freno económico; por desgracia se tranquiliza llevando lo más lejos posible su autoridad policial y sus experimentos jurídicos de excepción.

Media guerra con la muerte rondando, media paz porque rondar se ha prohibido. La muerte, que es el límite de toda vida, es aterradora. Especialmente en un régimen político de crecimiento pretendidamente infinito, crecimiento que puede ser interpretado como la organización social de la negación de la muerte. La muerte puede dar miedo, y un mal miedo siempre es bueno para cualquier poder que quiera mantenerse: de ahí la media guerra. Lección para el decrecimiento: si apela a algo con un mal miedo, entonces se derrumba. El decrecimiento es un paréntesis pero en la paz.

Confinados, dejemos sin embargo un tiempo para reflexionar sobre esta observación: "lo impredecible ha sucedido". Seamos plenamente conscientes del hecho de que, a través del confinamiento, los gobiernos han elegido salvar vidas en lugar de la economía. Sea cual sea la diversidad de nuestra condición de vida, y que está lejos de ser fácil para nadie, atrevámonos a saborear estos momentos con todo detalle: el aligeramiento de la huella ecológica, la textura de los lazos que nos unen, la espesura del silencio, el aire más liviano, el

color de nuestras vidas, el susurro de lo vivo. ¡Carpe diem! Retengamos este sabor en la memoria, el sabor de la sal, el significado de nuestra vida en común. *Carpe dies relegationis!*

En resumen, este confinamiento es un medio decrecimiento: nos atrevemos a afirmar que nada se ha parecido más al decrecimiento que este momento consentido de confinamiento; tanto más en cuanto que también hay una cuota de racionamiento para (casi) todos.

Nuestra huella ecológica está disminuyendo globalmente y de forma pacífica por el momento. "De facto", este momento es ecológicamente un poco más sostenible para la humanidad. El equilibrio ecológico de este paréntesis decreciente será irrefutable: "era un tiempo de descanso, un tiempo de reposo". Pero después del confinamiento, ¿qué podemos esperar?

Económicamente, es obvio que será una historia diferente. Peor aún, socialmente, nuestra atención y preocupación por el otro nos obliga a denunciar sin concesiones el lado oscuro de este encierro. Es evidente que la pandemia afectará principalmente a los desfavorecidos, a los empobrecidos por el sistema económico. Y sobre todo la indigencia de los ultra-ricos, que es cierto que están confinados, no ha desaparecido. Ningún milagro por parte de los gobiernos. No se trata (¿todavía?) de desviar la riqueza de los ricos (a través de gravámenes excepcionales sobre la riqueza y los ingresos, como en la posguerra) para garantizar el reparto y el bienestar de todos y cada uno en una sociedad socialmente decente. El decrecimiento de las desigualdades todavía no ha llegado.

Por el momento, es más bien un cambio de hora... y de año en el programa: ¡ya llegaste 1984! El Gran Hermano está realmente aquí, nos observa, nos envía mensajes SMS, nos vigila, nos graba, nos habla desde lo alto de su dron, nos rastrea a través de nuestro ordenador, nos disocia, nos individualiza. El sentido de la tecnología es muy político... Teletrabajo, telemedicina, educación a distancia, aperitivo-skype, etc... Las pantallas reducen nuestros mundos sensibles. Aceleración de las redes sociales que sólo pueden vincular a los que están previamente separados. Aquí también, un pequeño detalle político, ningún milagro en cuanto a la distribución del poder: los gobiernos siguen decidiendo solos, sin nosotros, por lo tanto contra nosotros. En todas partes la democracia está en cuarentena. La poción mágica está ahí: ¡ordenanzas a lo loco! Las cosas no van precisamente bien para la democracia. Especialmente cuando recordamos que ya hemos tenido el golpe del estado de emergencia que se ha infiltrado en el derecho común.

Estas son, por el momento, lecciones del confinamiento. a) Este confinamiento ha abierto un paréntesis. Queridos decrecientes, tengamos esto en cuenta. No estamos soñando: nuestro sueño de decrecimiento es por lo tanto posible. En este sentido, el decrecimiento sería un período particular entre paréntesis, un viaje auto-organizado hacia sociedades ecológicamente sostenibles, socialmente decentes y democráticamente organizadas, pasando por una disminución de la extracción, la producción, el consumo, el tráfico y los desechos. b) Cuando el paréntesis de confinamiento se cierre oficialmente, sabemos que no llegaremos milagrosamente a un mundo descolonizado por el imaginario del crecimiento, que la economía reimpondrá su relato, sus deudas, sus reajustes, que instrumentalizará una reubicación cosmética al servicio de una soberanía sesgada... Pero incluso en el momento de su revancha, tendremos un nuevo argumento: sí, la política puede tomar la decisión de frenar la economía. Lo habremos experimentado en carne propia.

El decrecimiento es el sentido común de (re)detener el mundo en su lugar.

Olivier Zimmermann (Suisse), Élodie Vieille-Blanchard, Jacques, Testart, Mathilde Szuba, Christian Sunt, Agnès Sinaï, Michel Simonin, Luc Semal, Onofrio Romano (Italie), Olivier Rey, Christine Poilly, Irène Pereira, Jean-Luc Pasquinet, Baptiste Mylondo, Karine Mauvilly, Vincent Liegey, Michel Lepesant, Bernard Legros (Belgique), Francis Leboutte (Belgique), Stéphane Lavignotte, Antony Laurent, François Jarrige, Mathilde Girault, Maële Giard, Loriane Ferreira, Guillaume Faburel, Robin Delobel (Belgique), Alice Canabate, Thierry Brulavoine, Thierry Brugvin, Geneviève Azam, Alain Adriaens (Belgique).